

EN TUS MANOS – Arzobispo Robert G. Casey

Ser como niños

¿Cuál es el mejor remedio para nosotros cuando nos encontramos abrumados por la tristeza, la desesperación o la desesperanza? Hay un refrán común que dice: “La risa es la mejor medicina”. Sabemos por experiencia que compartir una buena risa o simplemente una sonrisa puede servir como bálsamo curativo y remedio reparador para el cuerpo, la mente y el alma.

Hace años conocí a un sacerdote que prohibía sonreír en la iglesia. Él recordaba continuamente a su rebaño que celebrar la Misa era un trabajo serio y regañaba a aquellos que veía sonriendo. Temerosos de parecer demasiado alegres, la congregación pronto se volvió más seca y sombría con cada domingo que pasaba. Preocupados de que una parroquia malhumorada pudiera hacer poco para transmitir la fe a la siguiente generación, los feligreses recurrieron al arzobispo en busca de ayuda.

Ese sacerdote necesitaba leer la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, que comienza con el Papa Francisco recordándonos: “La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento”. Un católico alegre no puede dejar de evangelizar, convirtiéndose en un instrumento del amor y la misericordia de Dios para aquellos que pueden estar atrapados en el pecado y la tristeza, y buscan la salvación.

Quizás por eso Jesús nos llama a ser como niños al abrazar la fe y ponerla en práctica. Los niños poseen una capacidad innata para reír y sonreír. Vemos esto todos los días. Muchos de nosotros hemos puesto caras chistosas a los bebés, sabiendo que podemos fácilmente sacarles una sonrisa de sus caritas angelicales. Muchos de nosotros podemos recordar habernos reído con alguien hasta que nos dolió la barriga. (¡Tengo algunos recuerdos maravillosos de mi padre ayudándome

rápidamente a salir de la iglesia durante la Misa porque había comenzado a reírme con uno de mis hermanos o hermanas!) Muchos de nosotros también hemos salido de las profundidades de la tristeza o de un mar de ira al elegir mirar el lado positivo de la vida en lugar de quedarnos estancados en nuestro dolor.

Quizás hayan escuchado el himno cristiano “How Can I Keep From Singing?” (¿Cómo puedo dejar de cantar?). Su letra nos desafía a elevarnos por encima del tumulto y la lucha que tan a menudo pueden abrumarnos en nuestro trabajo diario. Se nos pide escuchar, como dice el canto, “el himno real, aunque lejano, que anuncia una nueva creación”. Cuando podemos escuchar el himno del cielo, un canto que eleva nuestros corazones con la alegría y la promesa de la presencia constante de Dios, ¿cómo podemos dejar de cantar? Sabiendo que Dios está siempre cerca de nosotros, acercándose a nosotros en nuestro pecado y nuestra tristeza, y levantándonos con una nueva esperanza, tenemos que cantar. No podemos evitar sonreír.

Jesús nos anima a ser como niños, abrazando la alegría, encontrando la felicidad en nuestra fe y aferrándonos al entusiasmo por la vida. Con renovado asombro e inocencia como niños, estamos invitados a dejar de lado el cinismo y el pesimismo que vienen con la edad y prestar atención al consejo que se nos da en Proverbios 17, 22: “Un corazón alegre es el mejor remedio”.

Que comencemos cada día con la mejor medicina: el compromiso de pasar cada momento de nuestros días buscando la risa, estando de buen humor y bendiciéndonos unos a otros con alegría. Que escuchemos cada día la risa alegre y las risitas gloriosas de los niños, para que podamos despertar a la presencia de Dios en medio de nosotros y tomar en serio esa risa contagiosa, permitiendo que la paz, el amor y la alegría traigan sanación a nosotros y a nuestro mundo.